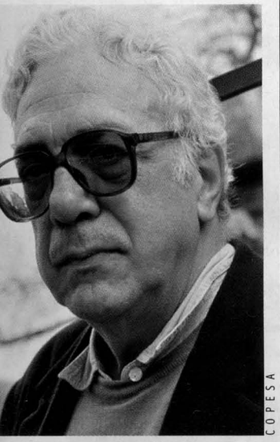
El viaje inmóvil

por Germán Marín

Desde que en 1994 publicara la novela *Círculo vicioso,* Germán Marín ha dirigido sus esfuerzos a crear una obra personal, sin concesiones, inconfundible. Algunos de estos atributos están presentes en este relato escrito especialmente para **Qué Pasa** y que considera "un ejercicio literario". No es la primera vez que acepta escribir por encargo:



COPESA

Así es: una Edad Antigua se apagó.
Y es hora de empezar una Nueva.

John Dryden

El niño soñó esa noche la predicción, después de la intensa jornada en el colegio, que habitaba un país de sombras en el cual todo resultaba desconocido, pero, a la vez, vagamente familiar, debido acaso a que, a la hora de clase de historia, el profesor del ramo, un señor Casares, decidiera hablar del futuro en vez del pasado, tal como correspondía a la asignatura, en la que estaba cansado de referirse, año tras año delante del pizarrón, al 14 de julio y a Cancha Rayada. Nunca es prudente impartirle a la infancia nociones fantasiosas pues, casi siempre, llevan al desacierto al inocente. Esa noche en un vuelco del tiempo, apareció en su frente dormida el barrio donde residiera ayer, transformado en una helada sucesión de condominios edificados en unos módulos de hierro y de cristal, suspendidos en cierta extraña paz lunar, a través de cuyas calzadas no se veía pasar un alma. Ese desasosiego provenía también de una voz interior que, sin palabras audibles, le señalaba que sus padres, como lo demostraba la desaparición de la casa en que viviera, ubicada en la calle Perseo 401, habían fallecido hacía muchísimos años. Lleno de congoja se aventuró extraviado en dirección hacia el dorado poniente de la tarde, descubriendo en el entorno diversas muestras del progreso alcanzado, difíciles de entender a primera vista, aunque de pronto, para su alivio, se revelaban algunas construcciones pretéritas, amarillas y vencidas, tal como mostraba el edificio oxidado de la CTC, utilizado ahora como recinto penitenciario. Confortado en parte ante ese hallazgo del pasado, lo llevaba a recordar la vieja ciudad natal de la que, al advertir sus nuevas arterias, detectaba entre otras cosas naturales que ya no quedaban árboles de ornato ni tampoco aquellos jardines de césped mullido adonde se podía jugar. Al menos, él conservaba en la memoria palabras como bosque, floresta, selva, escuchadas de antiguo en las clases de geografía. A pesar de que arriba, por encima del cielo negro, se divisaba brillar un sol enfermo, las calles estaban iluminadas artificialmente y, si bien en ese sector se veía transitar un poco más de gente, no se animaba a preguntar nada porque, como advertía gracias a la luz celeste de las antorchas de rayos láser, esos rostros chilenos parecían muertos. Causaban la impresión de ser los ciudadanos de un país que, después de muchos desencantos, había suprimido las opciones del delicioso juego de vivir. Desconocía en el sueño en qué año del futuro se encontraba, no obstante tenía claro, al igual que si fuera otro, que él ya no era ese escolar de cuadernos

ILUSTRACIÓN: RAFAEL EDWARDS

Torre que dormía una noche de agosto de 1999. Por entonces, si recordaba fielmente, la cordillera todavía presentaba algunos picachos nevados. En algunas oportunidades, al deambular por la calle, era posible distraerse con la música del viejo organillero que tocaba unos rezongos. Cautivo en aquel viaje que él mismo fraguara, entusiasmado por las elucubraciones del profesor de historia, dicho señor Casares, a medida que se internaba en la ciudad desconocida, iba alejándose paso a paso a través del sueño del cuerpo que inerme, tibio, descansaba en el pasado remoto. Le atraían en particular los funiculares que cruzaban el espacio. **qp**

"Siendo estudiante en Buenos Aires, hice algo parecido quincenalmente para una revista de historietas. Mi paso por allí no fue tranquilo ya que su director, envenenado de literatura a pesar de dirigir un pasquín, pretendía que yo escribiera a mitad de camino entre Faulkner y Borges. Es algo que aún, tras años, me gustaría lograr, obedeciendo a dicho señor". Sobre el cuento, dice que es "un viaje del futuro hacia el pasado a fin de indagar, aunque sea someramente, en el terreno de la ausencia, del tiempo ido". Autor también de la novela *Las cien águilas* y de los relatos de *El palacio de la risa,* su último libro es *Conversaciones para solitarios,* una colección de narraciones breves.